

Viajes en palabras. Entre historias de vidas y de culturas

Sofía M. CARRIZO RUEDA

*Directora de las Undécimas Jornadas Internacionales
de Literatura Española Medieval (UCA — 2014)
Argentina*

Las botas de siete leguas, la alfombra voladora, las aventuras marinas de Simbad. En la vida de todos nosotros, hubo una época en la que éramos expertos consumados en los viajes, por cualquier medio y lugar, y en sus narraciones. Sabíamos que en los caminos aguardan siempre las sorpresas, para bien o para mal. Sabíamos que cruzar un puente, entrar en una población o golpear a una puerta nunca es un acto gratuito y sus consecuencias pueden dar vuelta un destino. Sabíamos que en el mundo hay quienes sobreviven en chozas y quienes disfrutan de palacios. Pero también sabíamos que en cualquier tipo de vivienda se podían encontrar la bondad y la felicidad mientras que en otras acechaban la traición, la avaricia y el crimen. Sabíamos de los misterios del bosque y de los océanos. En definitiva, sabíamos que el peregrinaje por el mundo no tiene límites y que hay que estar atentos a su infinita riqueza y a sus maravillas tanto como a las acciones y al corazón de los hombres.

Esta sabiduría primigenia sobre el viaje se manifestó bajo otras formas, un poco más tarde, al sumergirnos con el submarino del capitán Nemo o volar cinco semanas en globo o adentrarnos por selvas exóticas de África y Asia. La geografía que recorríamos empezaba a adquirir nombres que estaban en el mapamundi, al tiempo lo medían calendarios y relojes mientras los vehículos resultaban el producto de ingeniosas técnicas humanas y no del arcano señorío de la magia.

Y de tanto viajar y viajar, un día llegamos a una comarca llamada País de la Adulterez. Allí, por múltiples razones, propias o ajenas, están quienes tuvieron que

resignarse a un drástico encogimiento del espacio y de sus itinerarios. Otros intentan, todavía, revivir aquella lejana sensación de que en el mundo no existían obstáculos para ningún recorrido —aunque, eso sí, no parten sin el auxilio de contabilidades, guías, mapas y organizadores profesionales a los que, ahora, se suma el GPS—. También están los empeñados en esquivar cualquier ayuda de este tipo mientras ensayan recuperar el estremecimiento de aquellos antiguos ardores aventureros —si bien con una íntima convicción de que siempre se moverán dentro de ciertos márgenes inevitables—.

Pero queda otro grupo que, seguramente, es el menos numeroso. Y es el que ha llegado a comprender que si aquellas experiencias viajeras primordiales no sabían de fronteras ni de intervalos tediosos ni de impedimentos de ningún tipo, fueran espaciales, temporales o de los alcances de los poderes humanos, se debía a que su realización no era posible fuera del Universo de las Palabras. Solamente, a través de estas, la percepción del mundo puede acoger infinitas formas de vida, destejer espesas tramas de relaciones, fascinarse con cuadros e historias, desplegarse en matices sin cuento, exaltarse con quimeras o utopías, cargarse de insinuaciones simbólicas, insuflar cualquier suceso o lugar con resonancias míticas, tensar permanentemente la emoción de riesgos extremos y, en definitiva, abrirse en toda su plenitud a la fecundidad de los diálogos con la imaginación.

Varios representantes de ese grupo que ha descubierto cómo explorar los caminos donde se entreveran curiosidad, anhelos, aventuras, itinerarios y palabras, están hoy aquí reunidos.

Evidentemente, los viajes han sido impulsores formidables del desarrollo de la cultura desde los más remotos orígenes de la historia. Pero este protagonismo hubiera sido mucho menor y muchísimo menos efectivo si no hubieran existido las narraciones que fueron dando cuenta de ellos a los contemporáneos y a las generaciones siguientes. Aún en períodos primitivos, nos imaginamos que una expedición en busca de comida habrá necesitado de ciertas expresiones orales para comunicar el sitio donde se podía obtener, los caminos, sus peligros, etc., etc., y que gracias a aquellos gérmenes de “relato de un viaje” podía continuar para quienes escuchaban, nada menos que la propia vida.

Cuando la evolución trajo para los hombres otras necesidades, más allá de la mera subsistencia, las narraciones de viajes míticos intentaron dar respuesta a las grandes preguntas sobre los orígenes de los seres y las comunidades, los mundos de ultratumba, las pruebas inevitables para quien está vivo, el afán de saber. Y las palabras preservaron los nombres y las peripecias existenciales de Jasón, Odiseo, Moisés, Eneas, Sigfrido, Cuaucóhuatl, entre tantos otros que fueron en pos de sus destinos por las

aguas, los desiertos o las selvas. Y si he comenzado por recordar los cuentos fantásticos, no ha sido por un mero ejercicio de nostalgia sino porque en su origen, ellos también fueron mitos destinados a narrar el gran viaje de la vida.

La Edad Media fue una época viajera por excelencia, sobre todo, a partir del siglo XII, y puede decirse que aquel ir y venir de todos los estamentos sociales, desde emperadores a caravanas de mendigos, construyó la Europa moderna. ¿Pero esta construcción hubiera sido posible sin los relatos que iban atesorando y transmitiendo las memorias de los diversos viajes? Y no hablemos solo de datos sobre los países, sus habitantes, los caminos y las navegaciones. Tengamos también en cuenta aquellos horizontes oníricos como el de la India y sus monstruos, que hicieron de la curiosidad una vía para los descubrimientos geográficos. Aquellos relatos de viajes medievales continuaron siendo reproducidos, leídos y reinterpretados durante los siglos siguientes y es esa fructífera tradición fundante de una historia cultural la que hoy nos convoca.

No quiero continuar hablando de ella porque nuestros conferenciantes, panelistas y expositores serán quienes nos guiarán para que no nos perdamos en sus encrucijadas. De modo que voy a terminar con algunas referencias a nuestras Jornadas. El año que viene, se cumplirán 30 años de las primeras, en 1985. Desde entonces, de forma regular, con la dirección hasta 2002 de su fundadora, la querida y llorada Lía Uriarte Rebaudi, han continuado realizándose y dando señales de su crecimiento, edición tras edición. A partir de 2005, sin dejar de mantener como núcleo de la convocatoria, el dilatado temario correspondiente a la literatura española medieval, desde sus orígenes hasta el siglo XV, hemos introducido, asimismo, la modalidad de los ejes vertebradores. Éstos han sido el *Quijote* y Cervantes, en 2005, el *Amadís* de Montalvo y la temática caballerescas, en 2008, y el *Cancionero General* de Hernando del Castillo y la lírica peninsular, en 2011. Puede apreciarse que los ejes coinciden con los centenarios de la publicación de las obras citadas pero, asimismo, además del homenaje nos interesaron las posibilidades que ellas abren para trabajar sobre los variados tipos de influencias que un vasto corpus de textos medievales siguió ejerciendo en épocas posteriores. Es verdad que en América no tenemos catedrales góticas ni castillos roqueros pero, una vez más, tenemos que recurrir al poder de las palabras, porque es en diferentes tipos de discursos donde es posible comprobar que toda aquella herencia anterior al siglo XVI circula, de diversas maneras, por nuestra cultura americana. Replegada, mestizada y transformada hasta extremos que llegan a sorprender, sin lugar a dudas. Pero de un modo similar al de otros procesos que siempre y en todo lugar, pueden rastrearse en el juego entre el pasado y el presente de las laberínticas relaciones históricas.

Este año no había aniversarios significativos pero decidimos elegir como eje el estudio de las escrituras del viaje ya que abre las mismas posibilidades de investigaciones sobre intertextualidad e interdiscursividad que aquellos que vertebraron las tres ediciones anteriores. Si se me permite un recuerdo personal, en las primeras Jornadas, las de 1985, yo presenté una comunicación sobre Pero Tafur, mi primera incursión en el relato de un viajero y, según creo recordar, la única ponencia que se refirió a esta temática. Eran los tiempos en que D. Francisco López Estrada, el maestro de la mayoría de nosotros, no se cansaba de insistir en que los libros de viajes no podían seguir siendo descuidados por los estudios literarios. Y predicaba con el ejemplo de sus propios trabajos, la riqueza de un material que aún aguardaba para ser sistemáticamente abordado. Como es sabido, el vuelco dado en estos 30 años ha sido asombroso. Y en ese extraordinario desarrollo tenemos que subrayar los relevantes aportes, por medio de sus investigaciones, sus trabajos de edición y su labor en la organización de eventos científicos que han cumplido nuestros invitados, Juan Paredes Núñez, Julio Peñate Rivero, Luis Albuquerque García y Mercedes Rodríguez Temperley. Estas tareas académicas son conocidas por los presentes y saben que no se trata de cumplidos de anfitrión sino de una constatable realidad.

Es un orgullo que hoy los cuatro estén reunidos en nuestras Jornadas y quiero expresar mi agradecimiento a todos los que han hecho posible esta undécima edición. En primer lugar, al Excmo. Sr. Consejero Cultural de la Embajada de España en la Argentina, D. Juan Duarte Cuadrado. Hace ya tiempo, cuando todavía esta celebración parecía muy lejana, le hablé sobre el proyecto al Sr. Consejero, quien mostró un vivo interés. Y es gracias a su decidido apoyo que contamos con la valiosa ayuda que representa el patrocinio de la Embajada de España.

Mi agradecimiento, también, a las autoridades de la Universidad, a los miembros del Comité Académico, del Comité Organizador, al entusiasta Centro de Estudiantes de Letras y al personal administrativo de nuestra Facultad. Muchas gracias a la Sra. Decana de la Facultad de Música, la Dra. Diana Fernández Calvo, por cuya intervención contaremos hoy, nuevamente, con un calificado concierto y muchas gracias a todos Uds., los participantes, llegados algunos de muy lejos, que con sus aportes vivificarán el espíritu de encuentro amistoso y de búsqueda científica propio de nuestras Jornadas. Y una vez más, tengo que agradecer, especialmente, la presencia de nuestro gran amigo, el Prof. Joseph Snow de la Universidad de Michigan que por décima vez participa en estas Jornadas, en las que ha sido ponente, panelista y conferenciante.

Y deseo terminar con unas palabras, en particular, para el equipo al que he tenido el privilegio de pertenecer: el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, el Dr. Javier Roberto González, el Secretario General de las Jornadas y Secretario del

Departamento de Letras, el Lic. Alejandro Casais, la Coordinadora Académica de la Facultad de Filosofía y Letras, María Fernanda Sinde, y la Secretaria de extensión y posgrado, Mónica Isabel D'Amico. Y digo que he tenido el privilegio porque no es fácil encontrar un grupo de personas que trabaje coordinadamente, a lo largo de varios meses, prestando una sostenida atención a todos los detalles, y que, ya en los tramos finales, desarrolle un ritmo de trabajo capaz de no reparar ni en esfuerzos ni en extendidos horarios extras. Y lo que deseo subrayar es que esta prolongada y ardua tarea se nutrió con una desinteresada preocupación por el proyecto común, la ilusión por la alegría que produce el trabajo bien hecho y una fluida corriente de diálogo —enriquecido, naturalmente, con polémicas y ¿por qué, no?, con sentido del humor—. Muchas gracias por los resultados y por las experiencias que hemos compartido.

Declaro inauguradas las Undécimas Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval.